

y restos de la caballería de la division del Norte, se presentó en aquel punto; dispuso una carga, se tocó á degüello; pero al acometer, se encontraron los escuadrones con una zapa, y acribillados por las balas enemigas, se vieron obligados á retirarse, y poco despues hicieron lo mismo el general Santa-Anna y todas las fuerzas con direccion á la capital, perseguidas por los invasores hasta la puerta de San Antonio, quedando solos, batiéndose en su puesto, los defensores del convento de Churubusco. Al llegar á la *garita* ó puerta de San Antonio, Santa-Anna mandó hacer fuego sobre una fuerza de caballería norteamericana: los cañones dispararon sobre ella á metralla, y el oficial que iba á su cabeza y que habia penetrado á caballo, dando mandobles por un lado de la muralla, cayó herido sobre la explanada y fué hecho prisionero. El combate habia empezado á las once de la mañana en el puente de Churubusco y eran las cuatro de la tarde cuando las tropas mejicanas se encontraban en su segunda línea, situada en las puertas de la capital. Una hora despues se escuchaba aun hácia el rumbo del convento de Churubusco el ruido lejano de la artillería.

He dejado exprofeso para el último hablar de la defensa hecha en este punto, por creerla digna de llamar la atencion del lector. Voy, pues, á ocuparme de ella. Churubusco es una aldeita que se presenta á dos leguas de la capital de Méjico, situada en un lugar pantanoso, pero exuberante, en que se produce con sorprendente abundancia el maíz. Sus laboriosos habitantes viven en humildes chozas hechas de tierra ó de adobe, y su ocupacion es el cultivo de las milpas que se extienden hasta la iglesia del

pueblo que se conoce con el nombre de convento de Churubusco. Esta aldeita de poca importancia, pero cuyo nombre 1847. se ha hecho inmortal desde los acontecimientos que voy á narrar, se encuentra colocada en la confluencia de los dos caminos de Coyoacan y Tlalpam, viniendo á formar, por decirlo así, el vértice del ángulo que ambas calzadas presentan. El convento, aunque de construcción sólida, no podia considerarse como una fortaleza para resistir por mucho tiempo los ataques de la artillería, sino mas bien como un punto para contener, de pronto, los avances de los invasores. Ciertamente es que se habian construido para hacerle defendible, algunas fortificaciones á veinte pasos de la puerta, y que se le rodeó de anchos fosos llenos de agua que manaba del mismo terreno; pero aquellas fortificaciones se habian hecho tan aprisa y eran tan débiles é incompletas, que el parapeto solamente se levantaba en el frente y el costado izquierdo, y esto sin concluir en muchas partes, no habiéndose llegado á extenderlo ni por el flanco derecho de la posición, ni por la azotea del convento.

En los momentos en que los norte-americanos atacaban á Valencia en su posición de Padierna, no habia en Churubusco mas que un cañoncito de á cuatro; pero al llegar el general Santa-Anna al puente de Churubusco, mandó que se llevasen cinco cañones de los de las divisiones que, como dije, se retiraban, excepto la brigada del general Perez, que quedó en el puente, hácia las puertas de la ciudad en que se levantaba la segunda línea. Al tener noticia de que los norte-americanos se aproximaban, los defensores del convento de Churubusco se dispusieron

para el combate. Dicho dejó ya, que los batallones encargados de defender aquel punto eran Independencia y Bravos, ambos de nacionales, que comprendia un número de setecientos hombres. Pocos dias antes habian estado en el mismo punto, unidos á ellos, los batallones de Hidalgo y Victoria, tambien de nacionales, aquel compuesto, en su mayor parte, de empleados, y el segundo de jóvenes del comercio y de las familias mas principales de la capital; pero se les habia hecho pasar á San Antonio, y allí se habian batido con denuedo bajo los órdenes del general D. Nicolás Bravo, á quien se habia encomendado la defensa del punto. Las tropas invasoras que avanzaban despues del triunfo alcanzado sobre el general Valencia, en la confianza de que no hallarian resistencia hasta las puertas de la capital, al ver que se trataba de impedirles el paso, juzgaron que la resistencia que se les opusiera seria muy débil, y marcharon sobre el convento. Los generales mejicanos Rincon y Anaya, que estaban encargados de aquel punto, dieron orden á sus soldados de que no hiciesen fuego sobre el enemigo sino cuando estuviese cerca de los parapetos. La guardia nacional ofreció cumplir exactamente la orden, y preparándose para la lucha, esperó en silencio á que los norte-americanos se aproximasen. Poco tardaron éstos en dejarse ver á tiro de fusil, y con la seguridad de un fácil triunfo, marcharon sin detenerse hácia el convento á paso veloz. Era la division del general Twiggs. Los artilleros que defendian la posición se prepararon, así como toda la fuerza que estaba en los parapetos, y cuando los invasores se encontraron á pocos pasos de la fortificación, se disparó sobre ellos una

lluvia de balas y metralla. La sorpresa y el estrago causado por las descargas obligó á los asaltantes á detenerse por un momento; pero vueltos de su sorpresa, continuaron su avance, marchando una fuerza sobre el parapeto, mientras otra, muy numerosa, se dirigia hácia el costado derecho, que se encontraba sin fortificar. Entonces se trabó un combate reñido entre los asaltantes y asaltados, en donde el valor de unos y otros brilló en toda su fuerza. La lucha se prolongó bastante tiempo; pero disminuidas considerablemente las filas de los invasores por el fuego certero de los mejicanos, se vieron precisados á retroceder.

1847. Entre los defensores que con tanto valor resistieron el brusco choque de la division de Twiggs, se distinguieron, entre otros, el capitán Peñúñuri, del batallón de Independencia, y D. Eligio Villamar, oficial del batallón de Bravos, jóven entregado hasta entonces á tareas científicas y literarias y que, por primera vez, escuchaba el estruendo de las armas. Desde los primeros tiros, el joven literato, para infundir valor á sus compañeros, se subió sobre el parapeto, y despreciando el peligro, permaneció así animando al combate á sus soldados, victoreando á Méjico y á los generales Rincon y Anaya. En el momento de ser rechazada la division del general Twiggs, llegaron otras en su auxilio, que, unidas á aquella, renovaron el combate atacando el convento por varias partes. Los defensores de Churubusco resistieron aquel choque con igual denuedo que el anterior, y la lucha se generalizó: la division norte-americana del general Worth, que habia llegado persiguiendo á las tropas meji-

canas que se retiraron de San Antonio, se presentó en el sitio del combate, atacando la retaguardia de los defensores del convento, cortándoles así el único punto por donde podian salvarse en caso de un descalabro. La situacion de los asaltados no podia ser mas crítica; pero no por esto desmayó su valor; antes creciendo éste con el peligro, y resueltos á morir antes que abandonar el punto, redoblaron sus esfuerzos á medida que se aumentaba el número de sus víctimas. Lo único que sentian, lo que les atormentaba era ver que las municiones empezaban á escasear, y el general Rincon envió repetidos recados al general Santa-Anna para que le proporcionase aquéllas. El general Santa-Anna, que, como he dicho al hablar del puente de Churubusco, se ocupó en disponer la defensa de éste y de situar una division en la hacienda de Portales, envió un carro con municiones y un refuerzo compuesto de las dos compañías de irlandeses de «San Patricio» y de unos piquetes de Tlapa, con lo que el total de los defensores del convento de Churubusco ascendió á mil trescientos hombres. Los defensores del convento se abalanzaron sobre las municiones con ansiedad; pero las balas de los cartuchos resultaron de diez y nueve adarques, cuando los fusiles solo tenian capacidad para diez y seis. Aquellas municiones fueron, pues, inútiles, excepto para las dos compañías de «San Patricio», cuyos fusiles eran para balas del expresado calibre. Estas dos compañías, que se habian formado de los desertores norte-americanos, se portaron con un valor digno de elogio: despreciando el peligro y firmes en sus puestos, veian caer á sus compañeros sin retroceder un paso, y enviaban un

fuego mortífero sobre los asaltantes. Dignos compañeros, por su heroicidad, de los soldados de Independencia y Bravos, resistían con éstos el empuje de las columnas norte-americanas.

El general Anaya, animado del mas acendrado patriotismo, y en los momentos en que mas empeñada estaba la lucha, subió á caballo sobre la explanada, mandó que se cargase con metralla uno de los cañones, y bajándose del caballo, dirigió él mismo la puntería sobre el enemigo. Al disparar el cañon, las chispas del lanza-fuego incendiaron las municiones, dejando fuera de combate al capitán Oleary, que servía la pieza, á cinco artilleros, y lastimando bastante al general Anaya, que, á poco, siguió dando sus disposiciones presentándose en los sitios de mas peligro.

A medida que las columnas enemigas cargaban con mas arrojo y el peligro crecía, se aumentaba la decision de los defensores de Churubusco. El coronel D. Eleuterio Mendez, que habia solicitado el punto de mas peligro para él y su hijo, combatía con un denuedo digno de la causa que defendía. El instruido abogado y teniente coronel de Independencia D. José María Revilla, viendo que el general Rincon se encontraba sin ayudantes, se acercó á él para ejecutar en el peligro las órdenes que juzgase conveniente dictar. El oficial D. Juan Aguilar y Lopez, notando que uno de los cañones se encontraba sin artilleros, porque todos habian sucumbido, se acercó, aunque desconocía aquella arma, llamó á dos cabos de su cuerpo y entre los tres lograron hacer sobre el enemigo un fuego mortífero. Al notar aquello, el oficial de artille-

ría Alvarez, se acercó á ellos, se hizo cargo del cañon, y entonces los cuatro sembraron con aquella pieza la muerte y el estrago. Pero las municiones se agotaron al fin; el fuego de fusilería empezó á aflojar por falta de ellas, y por último aquel convento desde donde poco antes se lanzaba una lluvia de balas y metralla, quedó en el mayor silencio, sin que de él saliese un solo tiro.

Al encontrarse sin cartuchos los soldados, tristes y despechados, descansaron sobre las armas. Viendo el general Anaya, así como el general Rincon, que se habian agotado los recursos de resistencia, ordenaron que se replegase la fuerza al interior del convento, para esperar allí el resultado que el destino les tenia reservado. Los soldados obedecieron, convencidos de que nada se podia hacer ya. Sin embargo, el capitán Peñúñuri, llevado de su arrojo y excitado por su ardiente patriotismo, trató de cargar á la bayoneta sobre los invasores; pero apenas habia avanzado unos cuantos pasos, cuando cayó herido de muerte por una bala enemiga. Conducido por sus compañeros al interior del convento y sintiendo mas la pérdida de la accion que su propia vida, expiró lleno de valor, recomendando á todos la defensa de la patria. Otra de las recomendables víctimas de aquel combate, fué el apreciable jóven y distinguido escritor D. Manuel Martínez de Castro, que cayó herido al quererse abrir paso para reunirse á su batallon: hecho prisionero por los norte-americanos, sobrevivió algunos dias á su herida; pero al fin sucumbió, á pesar del esmero con que fué atendido por todos.

Las fuerzas invasoras, al ver cesar de repente el fuego,

recelaron que fuese un nuevo ardid para hacerles aproximarse y recibirles con una terrible descarga de metralla y fusilería, y avanzaron con precaucion. El capitán norteamericano Smith, del 3.º de línea, fué el que poniéndose á la cabeza de sus soldados, se presentó el primero sobre el parapeto. Al cerciorarse de lo que pasaba y correspondiendo á su valor la generosidad de su alma, enar-

1847. boló una bandera blanca para evitar que la soldadesca, embriagada con el triunfo, ofendiese á los que se habian hecho dignos del respeto de todos, defendiendo con notable bizarría el punto que se les habia encomendado. Entre las fuerzas que poco despues entraban triunfantes en Churubusco, se encontraba aquella partida de criminales que el general Scott puso en libertad en Puebla y que, con el nombre de *contra-guerrilleros*, capitaneaba Dominguez, el mas criminal de ellos. La vista de aquellos poco traidores á la patria, llenó de indignacion á los valientes que acababan de prodigar gustosos por ésta su sangre, y el general Anaya, no pudiendo contenerse aunque estaba prisionero, á la vista de aquellos malvados, echó en cara al miserable cabecilla su infame comportamiento.

En aquellos instantes los *hurras* de los vencedores anunciaron la llegada del general Twiggs. Este se acercó lleno de cortesía y de deferencia hácia los generales y oficialidad mejicana, y dirigiendo en seguida la palabra á sus tropas, ensalzó el valor de los vencidos, y recomendó que se guardasen las mayores consideraciones con los prisioneros. Poco despues flameaba en el convento de Churubusco el pabellon de los Estados Unidos sobre la sangre vertida de sus valientes defensores.

El 20 de Agosto de 1847 fué un dia de duelo para los hijos de Méjico, pero tambien de gloria.

Aquel puñado de valientes habia resistido por espacio de cuatro horas el empuje de casi todo el ejército invasor, y esta resistencia heróica que haria honor á los soldados aguerridos de cualquiera nacion del mundo, que el mismo general Scott elogió debidamente, forma en la historia de Méjico una página honrosa, por mas que la victoria no haya querido coronar sus esfuerzos.

En esas acciones dadas el 19 y 20 de Agosto, las pérdidas de las tropas invasoras ascendieron entre muertos y heridos, segun confesion de ellos mismos, á novecientos noventa y ocho hombres (1), aunque es de suponerse que fueron mucho mayores. Las pérdidas sufridas por los mejicanos fueron tambien considerables, ascendiendo el número de prisioneros á mil seiscientos. Entre éstos se hallaban los generales D. Manuel Rincon y D. Pedro María Anaya, el notable escritor dramático D. Manuel Eduardo Gorostiza, que tenia el empleo de director general de la renta del tabaco, y D. Pedro Jorin, rico propietario, coroneles ambos de la guardia nacional, D. José Manuel Hidalgo, capitán, y D. José Ramon Malo, sobrino de Iturbide, que acompañó á éste á Europa y volvió con él cuando fué aprehendido en Soto la Marina, y que siendo coronel retirado, entró de voluntario en uno de los cuerpos de la guardia nacional de cabo de gastadores. Los prisioneros mejicanos fueron conducidos á San Angel y Coyoacan, donde fueron tratados con las consideraciones prescritas por el general Twiggs.

(1) Greeley. *Historia de los Estados Unidos*.

1847. Menos felices los que pertenecian á las dos compañías de «San Patricio», formadas, como he repetido, de irlandeses desertores del ejército invasor, se vieron condenados, primero, al mas ignominioso de los castigos, y despues á muerte. Aquellos desgraciados irlandeses que salieron con vida de la batalla, fueron mas desgraciados que los que tuvieron la dicha de sucumbir en el combate. Puestos delante del ejército invasor, á cada uno de ellos se le fué marcando, con un hierro candente, una *D* en el carrillo, que indicaba desertor. Despues de esta inhumana operacion, indigna de un siglo ilustrado y de una nacion que blasona de civilizada, se les ahorcó de unos palos, por medio de un lazo corredizo, prolongando así su muerte y haciéndola notablemente horrorosa.

Las desgracias de Padierna y de Churubusco conmovieron profundamente á los habitantes de la capital de Méjico. Habian acariciado con fundamento la idea del triunfo sobre los invasores, y vieron esterilizados los sacrificios hechos en defensa de la mas justa de las causas, ya por la falta de armonía en los momentos críticos entre el general en jefe y el general D. Gabriel Valencia, ya por no haber levantado obras más sólidas de fortificacion y provistas de mayor número de cañones, con abundantes municiones en el puente y convento de Churubusco.

Pocas horas despues de los sucesos del dia 20, Santa-Anna, poseido de tristeza y de desesperacion, se dirigió al palacio, donde se reunieron con él los ministros y varias personas de suposicion. Santa-Anna, despues de lamentar las desgracias sufridas, de pintar el desaliento

que se habia apoderado de las tropas con los descalabros sufridos, y de hacer ver el estado de inquietud en que se hallaba la ciudad, concluyó manifestando que juzgaba indispensable celebrar un armisticio que diera lugar al descanso y organizacion del ejército. Admitida por todos esta última idea, se trató de realizarla; y á fin de conseguirlo, el ministro de Relaciones D. José Ramon Pacheco se dirigió al ministro de España D. Salvador Bermudez de Castro, y al de Inglaterra Mr. Mackintosh, para suplicarles que se hiciesen cargo de la delicada mision de alcanzar una suspension de armas. Ambos ministros se manifestaron dispuestos á obsequiar los deseos del Gobierno mejicano; pero casi en los momentos de disponerse á desempeñar su mision, recibió el ministro de la Guerra D. Lino Alcorta, una nota del general norteamericano Scott, en la que, despues de pintar la necesidad de poner término á la guerra destructora entre dos repúblicas que debian estar siempre en armonía, manifestaba que habia llegado un comisionado de los Estados Unidos, investido con ámplios poderes, para arreglar las diferencias entre ambos países. «Para facilitar», concluia diciendo el general Scott, «que las dos repúblicas entren en negociaciones, deseo firmar, en términos razonables, un corto armisticio.»

Esta nota del general Scott solicitando la suspension de armas para entrar en negociaciones de paz, evitó al Gobierno mejicano el tener que manifestar que él la deseaba. Encargado el ministro de la Guerra en contestar á la nota del general Scott, lo hizo en términos dignos y corteses, manifestando que quedaba admitida la propo-